



La muerte de Amadeo

La vida, que conduce por el camino de la muerte, se mide por el instante en que el camino pierde toda forma.

Era la tarde de Amadeo. Cargada de sombras sin un hilo de esperanza. Ninguna luz para "después".

-Hasta mañana lo verdaderamente irremediable...

Sólo en la oscuridad nos acercamos a nuestra realidad íntima. Y era tanta la proximidad, que no podía percibir la enorme distancia. Los minutos le hablaron del espacio que recorren los años no aprehendidos.

-Imaginarse la proximidad de la piedra... Amarse en movimiento, sin esta angustia de lo inerte.

Amadeo se alisó la escasa cabellera. Sacó el pañuelo. Pasó una mano por la barba de dos días, fue otro minuto; perdía un tiempo precioso para contar su tiempo. Mirarlo con el extravío de aquello que se aferra.

Vino el hada gris de la desesperación. Con su varita, opaca y sin pulir, tocó los ojos de Amadeo, encadenado a la vida.

Cuando nuestro pobre hombre aún no había recibido la noticia tajada tan concretamente; cuando era sólo el burócrata sin jerarquía, el hombre feliz, entonces, nunca había disparatado con eso de la muerte. Como a todos los seres, las horas fueron para él herida inexorable. Pero la brecha abierta fue el último de los hachazos. Cayó de súbito, cuando creía que era sólo un pequeño y sordo dolor rumoroso lo que escalaba por su cuerpo.

Nunca las locas pretensiones, sencillamente porque no se le habían pasado por la cabeza. Detestaba la vanidad porque así lo aprendió en el sencillo medio en el que discurría. Amaba a las mujeres pero era lo primero el horario, la máquina de escribir, su ascenso que se postergaba porque los personajes resbalaban después de toda su vieja táctica de adulaciones y de esfuerzo aparente.

Era así nuestro padre Amadeo. Creía en las mañanas, levantaba su alma por las noches.

Recién ahora estaba en un plano superior a su pretérito. El verdadero ascenso ante la derrota definitiva. Se acercaba el instante en que tendría que empezar, para nunca. Ninguna ilusión, ningún problema; Amadeo era un viajero que no deja nada en la pascana.

Fue a sentarse en un banco tranquilo de la Plaza, hasta que llegó el momento de atravesar las mismas calles y las mismas casas para refugiarse y descansar. No haría las bromas acostumbradas en su pensión. Subió la escalera palpando cariñosamente la pared, tejida por tanto amor con mala letra. Detúvose en la antepenúltima grada. Años antes se paró en ella jadeante, cuando llegó tan emocionado, casi a saltos después de acariciar por primera vez a la María. La ingrata María se convirtió en virtuosa ama de casa con cuatro hijos.

Hizo un último esfuerzo por tomar las cosas con la seriedad que perdían. Tenía que ponerse a la altura de la gran tragedia.

Con el semblante más patéticamente triste pretendió cruzar la sala que hacía de comedor colectivo.

-¡Amadeo! Te hemos elegido preste de la fiesta. Tienes que hacer honor a tus paisanos.

-No te escapas, viejo. Mañana o nunca. Conque, a preparar los billetes.

Oyó todo esto como quien espera ver libre la calzada. Hizo un gesto tímido de tomar asiento en la mesita del rincón. Imposible, su vida era esa gente de regular ralea que hoy lo esperaba con una noticia casi cotidiana. Se acomodó junto a ellos. Permaneció impasible.

-El viejo está de mal humor...

Cenó muy poco, parecía enfermo. La taza de café fue grande, lo notaron decaído.

Oyó otra vez el sonido lastimero de su puerta. La habitación era amplia o era poco el mobiliario. Se recostó tirante y siguió empujando las manecillas del pasado.

Ya lo vencía el sueño pero el frío era insoportable. Se abrigó un poco. Caminó unos pasos de ida y vuelta, con el cerebro totalmente apagado. Pero como el día había sido cruento terminó por reposar muellemente.

Sin sueños terminó la vida de Amadeo.

MARIO VELARDE DORADO

El consagrado escritor Jesús Urza

A propósito de último poemari



Como en los árboles / lo que no tiene nombre / es posible.
Vilma Tapia Anaya

Para el lector de poesía siempre habrá mucho de misterio en el hecho de que alguien la escriba. Y está bien que así sea, porque tampoco el lector ha logrado descifrar los motivos que lo llevan a recalar, de tanto en tanto, en esas orillas donde las huellas de los caminantes pueden borrarse porque ya se convirtieron en palabras.

El lector de poesía, entrenado o incauto, se topará una y otra vez con arquitecturas verbales luminosas, con textos herméticos, con paisajes recién salidos de la mirada de un difunto, con vegetaciones de tiempos remotos, con cuevas que conservaron el tufo de la soledad de nuestros antepasados. En cualquier caso, tendrá la sensación de que la poesía es el más seguro de los mundos. Aunque no haya nada que la acredite como tal. Aunque en apariencia poco tenga que ver con los apremios cotidianos.

Aunque a menudo se la aproveche para dar pábulo a la cursilería.

No es casual que, a pesar de tantas confusiones, la poesía siga reclamando para sí la atención de quienes consideran que en ella el idioma -cualquier idioma- refleja las insondables jerarquías de sus enigmas. Todo lo que hay de persuasivo en el ser humano proviene del uso de palabras que surgieron del espanto para retener la belleza de estar vivos. Unos pueden probar la pertinencia de este aserto con los instrumentos de ciencias aledañas a las lenguas; a otros nos basta